

ñoneo y la aproximación de algunas columnas, se dió el asalto el siguiente día 18, acometida la ciudad por diversos rumbos, logrando llegar algunas de las tropas de los asaltantes hasta la plaza, después de arrollar cuantos obstáculos encontraron al paso; pero fueron rechazados al fin de tan sangriento combate, que tal vez se habría renovado, pues el día 19 todavía cañoneó Uraga la ciudad; pero la aproximación de una fuerte columna francesa ponía las fuerzas republicanas entre dos fuegos. Quedaron heridos los jefes republicanos Caamaño y Salazar, muerto el coronel Padrés y herido el de igual grado Espinola; por parte de los intervencionistas fué herido gravemente el general Márquez. Retiróse Uraga hacia el Sur de Michoacán con el resto de las fuerzas que perseguidas por los franceses, tuvieron otro encuentro desgraciado en Zamora.

El triunfo obtenido por Márquez salvó á la Capital de un ataque que Uraga pudo haberle dado, si se posesiona de Morelia. México había quedado guarnecido solamente por un millar de franceses invalidos al mando del general Negrete, y Uraga ningún obstáculo habría encontrado, pues Toluca no estaba guarnecida ni en condiciones de oponérsele; ninguna disposición se había tomado en la hipótesis del triunfo de Uraga, fallado por una de las mayores casualidades. Aun cuando no se hubiera apoderado de la Capital, bastaba que acampara cerca de ella, para que hubiese producido grande efecto en Europa, donde los *boletines* del general Bazaine, anunciaban una brillante y rápida campaña en el Interior y la adquisición de gran número de votos en favor del Archiduque Maximiliano.

Al tener noticia del triunfo de Márquez, se creyó conveniente que el general Douay permaneciera en Zamora. Perseguido Uraga, abandonó su artillería y huyó hacia Colima, disponiendo en Coalcomán de fundición, capsulería y un depósito de armas y municiones. Además, el general Arteaga estaba con tropas en el punto fortificado de las Barrancas, entre Colima y Guadalajara, y con él iba á unirse Uraga llevando el resto de su ejército. Con estas fuerzas se formó un núcleo que por mucho tiempo tuvo en jaque á Guadalajara, defendida por el coronel Garnier, y que sirvió de punto de apoyo á las guerrillas de Michoacán.

En aquel asalto dado á la plaza de Morelia, al concluirse la acción recibía el general Leonardo Márquez la herida en el rostro y en los momentos en que entraban á la plaza los prisioneros, le operaban los médicos para extraerle la bala. Luego que la herida permitió á Márquez salir á la calle, se dirigió al Hospital Militar, para cerciorarse de que los heridos de uno y otro bando eran asistidos, y dispuso que de preferencia se atendiese á los suyos. Después fué á arengar á las tropas de su mando, y regresó á su casa para presenciar el acto de dar libertad á los prisioneros que pudieran obtenerla, mientras recibía de México la orden para que también quedaran libres los jefes y oficiales prisioneros.

Entre tanto, Bazaine había estado en Aguascalientes y Lagos, de donde marchó para Guadalajara. Uraga también rechazado en Zamora por la división Douay y obligado á refugiarse en la montaña, dejaba en el Bajío solamente los jefes republicanos Macías y Armenta; en Michoacán quedaban las partidas de

Canales, Toro, Riva Palacio y Pueblita, que ocuparon algunos días á Toluca, retirándose la guarnición imperialista á Lerma.

En los días en que el Jefe intervencionista Márquez rechazaba á la División del general Uraga en Morelia, avanzaba Don Tomás Mejía sobre San Luis Potosí que fué la residencia del Gobierno republicano. El general Negrete que estaba en observación de los movimientos de Mejía, se fué retirando paulatinamente desde San Felipe; encontrábase en difícil situación, porque estaban en combinación con ese jefe intervencionista los franceses situados en León, Lagos y Aguascalientes y no era posible resistir la acción combinada de ellos y sus auxiliares. Entonces se dispuso el abandono de San Luis Potosí y se llevó á cabo en la tarde del 22 de Diciembre, anunciándolo previamente; salió el Gobierno entre la valla de tropas saludado por una salva de honor, dejando expedida la orden para que el general Negrete cuya División fué reforzada con el Batallón de zapadores, batiera á Mejía, luego que se cerciorara de que había probabilidades del triunfo que se esperaba, porque se creyó que existían elementos suficientes para alcanzarlo; no se quería retroceder sin pelear, á no ser que fuese absolutamente necesario; pero informes inexactos aseguraron haberse unido á las tropas de Mejía una fuerte columna francesa, y dieron por resultado que no se emprendiera el esperado y deseado combate y que la ciudad de San Luis quedara sin ser defendida, retirándose Negrete hasta la hacienda de Bocas.

Poco después se pudo conocer la falsedad de las noticias que se habían tenido respecto al número de intervencionistas y del auxilio francés. Con tal motivo solicitó el general Negrete el permiso para atacar al enemigo, ya fuese en el mismo San Luis, ó ya en las inmediaciones en caso de que avanzara ó se retirara, se accedió á la propuesta, aunque ya se había arreglado una nueva distribución de las fuerzas del general Negrete, pues todavía se alimentaban grandes esperanzas de triunfo y no se veía con seriedad la pérdida de una plaza tan importante sin haber hecho algún esfuerzo para recobrarla. Viéndose que el general Mejía quería permanecer en ella, se acordó en junta de guerra tenida en Bocas, comunicando el acuerdo á los jefes de las brigadas, asaltar la ciudad, por medio de horadaciones hasta corta distancia de la plaza principal que debía ser tomada con un ataque simultáneo.

La combinación no dió el resultado que esperaban los jefes republicanos, según se dijo, por no haber sido ejecutada fielmente, pues el cuerpo de zapadores que atacó por la derecha, entró desde luego en combate sin practicar las horadaciones prevenidas y aunque llegó hasta la plaza y aún penetró al palacio, su esfuerzo aislado no pudo ser sostenido, faltándole el apoyo de todas las columnas que fieles á lo mandado, habían retardado su avance á causa de las horadaciones. Los zapadores quisieron retroceder al ver que su arrojo no les daba el triunfo; pero en su mayor parte cayeron prisioneros quedando entre ellos el Teniente Coronel.

Desconcertado el ataque, las brigadas del centro y de la izquierda tuvieron que retroceder, la desmoralización cundió y no se hizo esperar el desastre; perdie-



ron los asaltantes la artillería, el parque y armamento y se dispersó la fuerza que pudo salvarse. La derrota se hizo más sensible, cuando se supo con certeza que Mejía no se retiró únicamente por haberle faltado tiempo, pues que apremiado á aceptar el combate, estuvo escaso de parque y á punto de ceder el puesto á los asaltantes. Estos, según los partes oficiales de Mejía, fueron cinco mil y conforme á los de un general republicano, fueron poco más de mil. De todos modos, esa derrota y la de Morelia, influyeron considerablemente en la situación bonancible en que se colocaron la Intervención y la candidatura de Maximiliano, pues habiendo sido mexicanos los que obtuvieron ambos triunfos, parecía que quedaba de manifiesto la impotencia del gobierno de Juárez, y fácil la empresa que perseguía el Emperador francés. La fatalidad se mostraba contraria en esos días á Juárez, quien no desesperó de que llegaría un cambio de fortuna sabiendo esperar.

El gobierno republicano seguía retirándose lentamente; había esperado el resultado del ataque á San Luis para regresar desde luego; pero siéndole adverso, continuó para el Saltillo, donde temporalmente fijó su residencia. El público y las autoridades locales, le recibieron con aprecio. El gobierno presidido por D. Santiago Vidaurri, después de ponerse de oficio á su disposición, envió para felicitarlo, al presidente del tribunal de justicia, acompañado por un miembro de la diputación permanente. En el Saltillo presentó su renuncia el Ministro de Hacienda Sr. H. Núñez, alegando las enfermedades que había contraído en el largo tiempo que lo desempeñara y lo sustituyó el Sr. José M. Iglesias.

Habiendo hallado refugio en el Saltillo las familias de los Sres. Juárez y Doblado, se creyó que Vidaurri estaría en buen sentido con el gobierno republicano y se pensó formalmente en la traslación de los poderes federales á Monterrey ó algún otro punto del Estado de Nuevo León y Coahuila; pero á esto se opuso Vidaurri, manifestando que su Estado era muy pobre para sostener al gobierno juarista, que allí no había costumbre de préstamos, ni de contribuciones extraordinarias y que temía no fueran recibidos los supremos gobernantes de la Federación, con todo el cariño que hallarían en otros Estados.

Monterrey estaba entonces en posibilidad de hacer esfuerzos, porque desde el año anterior había crecido mucho su tráfico con las ciudades comerciales del Norte y el puerto de Matamoros, á causa del contrabando en grande escala hecho por toda la frontera de Texas. El rico comercio de algodones llevaba á Matamoros enorme cantidad de mercancías inglesas y norteamericanas y ese tráfico primeramente reducido y después en alta escala, había hecho que mucha riqueza recayera sobre Monterrey y el Saltillo, sujetos á Vidaurri, en quien se suponía acuerdo con los Estados del Norte en favor de las instituciones republicanas, lo que fué un error.

Por mucho tiempo se dejó abierto el puerto de Matamoros al comercio, sin restricción alguna, con las naciones neutrales; los franceses pudieron haberlo bloqueado fácilmente y no lo hicieron así; la razón era que el algodón, semillas y ganados de Texas, encontraban por allí un camino para Francia é Inglaterra, en cambio de armas, municiones y vestuario para los Estados confederados, estado de

cosas que continuó hasta la llegada del general Banks. El gobierno norteamericano rehusó hacer la aclaración de que Matamoros se comportaba á manera de un puerto rebelde, siendo de notar que apenas ocuparon los soldados del Norte á Brownsville, aparecieron cinco buques de guerra franceses en la boca del Río Grande y anclaron frente á Matamoros.

Estando en Veracruz el almirante Bosse con varios navíos anclados en la isla de Sacrificios, y sabiéndose que por el rumbo de Tampico se hacía la principal exportación de plata amonedada, se consideró indispensable ocupar también este puerto y para ello fué enviada en Noviembre de 1863, una guarnición francesa. Quedaba aún para los republicanos libre Matamoros á la extremidad norte de México, y aunque Bazaine pensó ocuparlo, se limitó el almirante Bosse á vigilar, para impedir el contrabando de guerra. Siendo Matamoros el punto por donde los confederados recibían sus cargamentos de armas, era difícil para los cruceros franceses, saber si las armas que entraban por el río Bravo estaban destinadas á los mexicanos ó los sudistas.

El general Forey estuvo en Nueva York de paso para Francia, y aunque se dijo que había ido á los Estados Unidos con una misión oficial, la verdad fué que ni siquiera se presentó en Washington. Aunque el *Herald* de esa ciudad propuso que se le ofreciese una comida, no fué secundado ni aun por los franceses que después dieron un banquete al almirante Reneaud.

En Nueva York ofrecían algunos capitalistas dos ó tres millones, para la compra de armas destinadas a los republicanos en México; pero pedían la hipoteca ó venta de terrenos baldíos ó de los derechos de la Baja California á las minas, y con gravámen tan considerable que bastaba para hacer prescindir de llevar á cabo la idea, tanto mas cuanto que el Gobierno establecido en San Luis Potosí insistió en que las armas que se compraran, fuesen pagadas por la Aduana de Matamoros.

Aun estaba dudoso el éxito de la guerra en los Estados Unidos. El ejército confederado al mando del general Lee, había vuelto á cruzar el Potomac é invadido el Estado de Maryland; pero fué obligado á retirarse al interior de la Virginia; el general Rosecranz sufría un revés, por el que fué relevado del mando y quedaron sus tropas á las órdenes del general Grant, quien obtuvo importantes victorias al grado de apoderarse del Mississippi, dividiendo en dos fracciones á los Estados confederados que también perdieron á Brownsville, ocupada por las tropas del general Dana.

Los unionistas cometieron actos de hostilidad contra los buques, anclados en aguas mexicanas, acusándolos de forzadores del bloqueo y estuvieron haciendo fuego por algún tiempo á las embarcaciones alijadoras, llegando á querer desembarcar en territorio mexicano la fuerza que iba á bordo de uno de los buques de guerra. El objeto de esa expedición, era el de hacer que terminara el comercio entre Brownsville y Matamoros, cuya importancia había sido exagerada al Gobierno de Washington. Aquella ocupación perjudicó al Gobierno del Presidente Juárez, que

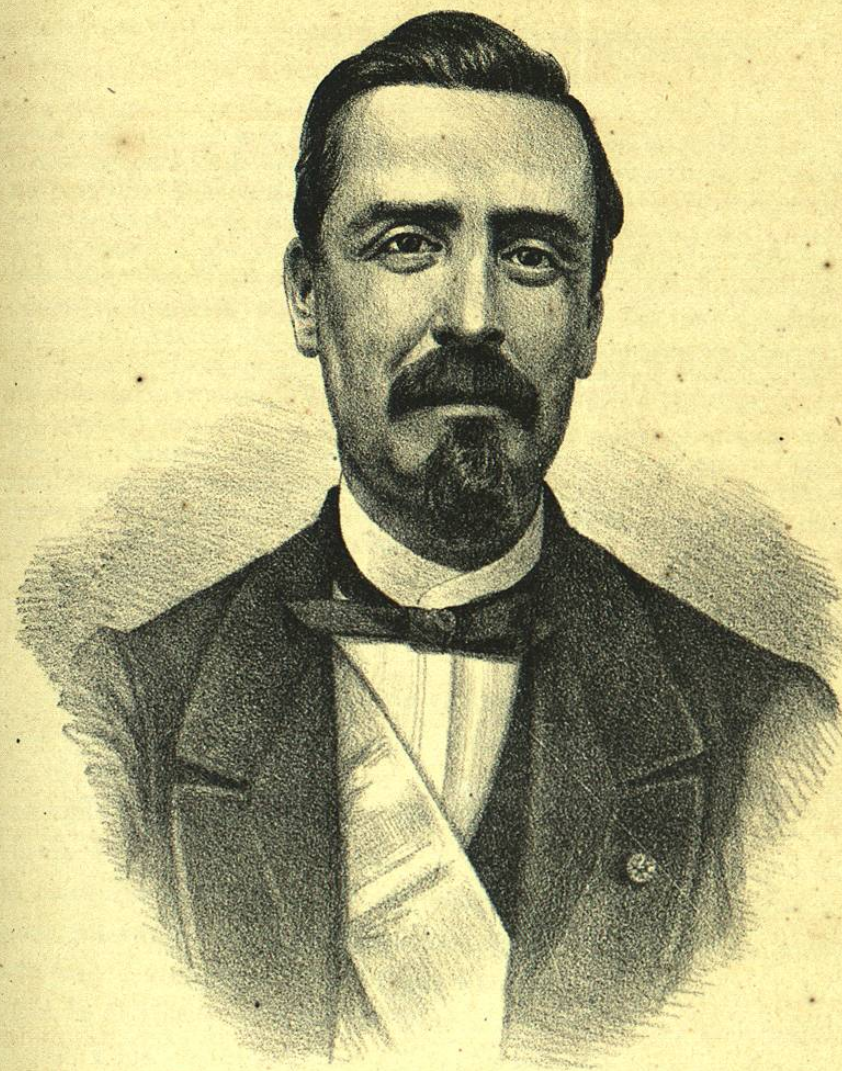


dejaba de percibir los grandes rendimientos de la Aduana de Matamoros, donde el comercio quedó reducido ya á pequeña escala.

Habiendo solicitado permiso de su Gobierno M. Jorge P. Thrie, para levantar veinte mil hombres armados, equipados y listos para ponerse á disposición del Gobierno constitucional de México, resolvió el Presidente Lincoln en sentido negativo é hizo publicar tal resolución, como demostrando el empeño de alejar toda sospecha de que favorecía á México ó de contrariar las miras de Napoleon respecto á este mismo país.

El emperador francés había cuidado en su política con los Estados Unidos, de no ejercer acto alguno que los provocara una guerra con él, aunque deseaba ardientemente la división de esa República en dos naciones y la ruina de ambas, adoptando en tal sentido una política semejante á la de Inglaterra. Suponía que con la separación del Sur, su antagonista el Norte dejaría que la Francia desarrollara tranquilamente sus proyectos respecto á México, en tanto que el Sur arruinado, estaría incapaz de ocuparse de otro asunto que no fuera el de las consiguientes tendencias invasoras del Norte. Creía firmemente en la anexión de la gran República, después que Inglaterra y Rusia se negaron á ofrecer su mediación para contener aquella titánica lucha, y después del desaire que el gobierno de Washington le hizo al rechazar también la mediación francesa.

Para atraerse un círculo valioso que pudiera dar por resultado una demostración popular en favor del Gobierno del Sr. Juárez, dió el Sr. Matías Romero, su representante en los Estados Unidos, un banquete en Nueva York el 16 de Diciembre de 1863, á varias personas de influencia y de las más distinguidas en esa ciudad. La fonda de Delmónico en su departamento más lujoso, fué el lugar elegido, allí informó el anfitrión acerca del estado que guardaban los asuntos de México, desconocidos por la situación en que se hallaban los Estados Unidos con la guerra civil. En aquella reunión estuvieron los individuos que eran considerados como jefes de los diferentes partidos en que estaba dividida la gran República. Veíanse allí enlazadas las banderas de México y los Estados Unidos y los retratos de Juárez y de Lincoln; el convite comenzó á las seis de la tarde, después de haber mostrado el Sr. Romero á los invitados, una colección de las vistas más notables de la ciudad de México. El servicio de la mesa fué de lo mejor que podía ofrecer la acreditada fonda, en viandas y vinos; los comensales quedaron enteramente satisfechos; llegaron los brindis y fué muy extenso el del Sr. Romero, refiriendo cuál era la situación de México. El banquete terminó á las diez, después de haberse considerado la proclamación del Imperio como una farsa y haber calificado de muy violenta la permanencia de las tropas francesas en México.



*D. Luis de Arroyo*

Ministro de la Casa Imperial y Agente de Maximiliano en los Estados Unidos. La primera tentativa hecha por el Gobierno de Maximiliano para que lo reconociera el de la República Norte-Americana, consistió en dirigirse D. Luis de Arroyo, nombrado Cónsul Mexicano Imperial en Nueva York, al Ministro Seward, quien se negó, lo mismo que el Presidente Johnson, á entrar en relaciones con agentes del partido imperialista. Se retiró el Sr. Arroyo al nombrar los Estados Unidos un representante cerca del Sr. Juárez, y llegado á México, pasó á ocupar la Subsecretaría de Negocios Extranjeros.